



CAPITULO XVII

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre; se indigna éste, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja; pasa el año del noviciado y llega Welster la víspera de la profesión

¡Qué cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy bien la probidad y la amistad más constante; pero apenas media el más ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo experimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacía que se había embarcado Welster, cuando un día de repente llegó á casa de Carlota una

criada con un papelito de su hermana, por el que ésta le pedía prestado el cintillo que le había dado Jacobo.

No era mezquina Carlota; varias cosillas le había dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habían vuelto ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole que ya sabía que podía mandar en todo cuanto tenía, menos en el cintillo de Welster, porque llegar á lo suyo era llegar á las niñas de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho días, y al cabo de ellos fué á visitarla y la halló cosiendo con doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja y tía de las dos, que tenía don Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta señora quería mucho á su sobrina y era depositaria de sus secretos, motivo porque no receló de ella Adelaida.

Luego que entró abrazó á su hermana con mucho cariño y comenzaron á hablar. Le preguntó cómo le iba de ausencia, á lo que Carlota respondió con sencillez que cada día extrañaba más á su Jacobo.

—Ya te considero, mi alma, cómo estarás, decía la pérfida hermana, y tienes mil razones de estar triste; no es para menos el lance, porque ciertamente que Welster tiene mil prendas: yo no he visto joven más fino ni más

amable; ¡sobre que yo no tengo las relaciones que tú con él, y lo quiero tanto, que ya no veo las horas de que venga y que se case para poder decirle *hermano!* Y no, no pienses que son poblanadas más. Mira, aquí te traigo esta purera para que cuando venga se la regales en mi nombre. Ella no tiene nada de particular, sino haberla yo hecho con mis manos.

Diciendo esto le dió una purera de chaquira, muy bien hecha, con un letrero que la ceñía por en medio, y decía: *Carlota á su amado Welster.* Loca de contenta quedó la cándida Carlota con el regalo de su hermana. Le dió las gracias y unas argollas de oro, con lo que quedó la purerita bien pagada.

Preparada la intriga, la consumó Adelaida diciendo: —Anda, niña, que me negaras tu cintillo el otro día. —Hermanita, respondió Carlota, no te enojés; pero ya ves que el cintillo... —Sí, sí, tienes razón, Carlota; y si no lo hicieras así, no fueras gente; pero yo no quería el cintillo más que para cotejarlo con uno que me venden. Aquí lo traigo; míralo y préstame el tuyo; á ver si se parecen.

Entonces sacó Carlota el cintillo de uno de los secretos de la almohadilla, donde también estaba la palabra de Welster y algunas cartas. Adelaida lo observó todo, vió el cintillo y se lo volvió diciéndole: —Ahí puedes guardar la purerita. —Carlota recibió el consejo y platicaron

de otras cosas. Le sacó á su hermana vino, queso y bizcochos, y dentro de breve rato se despidió.

¿Quién había de esperar de una hermana tal villanía, y menos no habiendo dado motivo? Ello es que sucedió, porque es mucha la malicia de los hombres y no se queda atrás la de las mujeres. A los cuatro ó cinco días espíó Adelaida la hora en que su hermana salía á misa con la tía doña Ana, y cuando la vió en la calle, se entró en su casa, donde halló al viejo don Tadeo contando dinero. Lo saludó con mucho cariño, le besó la mano, se sentó y comenzó á hacer su negocio de este modo:

—Papá, ¿qué, está usted haciendo balance para darle su parte á Carlotita? —¿Y para qué quiere dinero Carlotita? dijo su padre. —¿Cómo para qué? ¿pues no está ya para casarse? —¿Para casarse Carlota? —Sí, señor; ¿ahora está usted en eso? Días hace que está prendada y apalabrada con don Agustín Jacobo Welster, ese inglés que se bautizó el otro día en el Sagrario y que visitaba tanto á Eufrosinita. —¡Vaya, tú has venido de gorja! decía el viejo; ¿cuándo la pobre de mi hija piensa en eso, y mucho menos con extranjero á quien apenas habrá visto tres veces?

—¿Tres veces? dijo Adelaida; trescientas se han visto en cuatro días ó cuatro meses que se conocen... ¡Vaya, no dude usted ni lo quiera alucinar mi hermanal

Registre usted su almohadilla, y se convencerá de que no vine á engañarle, sino á descubrirle la verdad; porque usted al fin es mi padre, y me duele más que ella. ¡Ya se ve! que si usted quiere que se case, que se case enhorabuena. Usted es también su padre y sabe lo que hace.

—¿Que se case? decía el viejo echando lumbre por los ojos; primero la vea hecha pedazos. Espérame aquí, voy á sacar su almohadilla.

La sacó, en efecto, y la traidora hermana puso en sus manos los papeles, el cintillo y la purera. Cuando el viejo vió las cartas y la palabra de Welster, poco faltó para que no se echara por un balcón; tal estaba de ciego de cólera.

La pérfida Adelaida lo serenó diciéndole:

—No es menester, señor, que usted se incomode tanto ni que lo pague su salud; con modo se harán bien todas las cosas. Usted es su padre, y si no quiere que se case, no se casará aunque el mundo se venga abajo. El caso es que sepa usted sostenerse para que otra vez no le pierda á usted el respeto. Castíguela usted, pero sin encolerizarse, y eso que sea el castigo moderado, pues, porque es mi hermana, y es fuerza que me duela. —Diciendo esto se despidió.

A poco rato volvió Carlota de misa y la llamó su padre á una pieza retirada de la casa. Cuando entró en ella, cerró la puerta con llave y le dijo que se sentara.

La infeliz Carlota se sentó toda temblando, y él le dijo:— ¿Sabes que eres mi hija? ¿sabes lo que me debes? y por último, ¿sabes la autoridad que tengo sobre tí?— Sí, señor.— ¿Pues cómo, tan sin honor, tan sinvergüenza, te has atrevido á ofrecerte por mujer á un hombre vil, sin consultar conmigo? ¿No sabes que una hija de familia no debe tener más voluntad que la de su padre y que no es dueña ni de sus pensamientos? Pues ¿cómo te has arrojado á amar á ese hombre sin mi licencia, hasta el extremo de recibirle papeles y regalos? Ea, no te pongas descolorida, ni tiembles; yo no hablo de memoria: estoy bien informado de tu conducta y te voy á poner testigos que no te atreverás á desmentir... ¿Conoces esta pure-ra, ves este cintillo, entiendes la letra de estos papeles? Vamos, hija ingrata, indecente, sinvergüenza, ¿no te confundes convencida de tus criminales procederés? Habla, responde, discúlpate si puedes.

La desdichada Carlota, no pudiendo negar lo que tantos documentos aseguraban, hecha un mar de lágrimas se arrojó á los pies de su padre y le dijo:

—Es verdad, señor, que he tenido la debilidad de corresponder á los afectos de Welster. Si es delito el amar, yo he amado, lo confieso; pero ahora ya no tengo más remedio que pedirle á usted perdón de mi delito. Sí, amado papá; perdone usted á esta desdichada.

—Está bien, contestó don Tadeo con toda gravedad;

pero me has de dar palabra de ser monja y de aborrecer para siempre á ese infame Welster.

—¿Qué dices? ¡Ah, señor! respondió Carlota; ¡no merece Welster que lo aborrezcan!

Cuando el rayo se desprende de la nube no hace más estrago que el que hicieron estas expresiones en el corazón de aquel tirano padre, quien, arrastrando á la infeliz Carlota y bañándola en sangre á bofetadas, le decía:

—¡Hija vil, hija ingrata y atrevida! ¿así me faltas al respeto? ¿Aún no estás contenta con proceder mal, sino que en mi propia cara haces alarde de tu inicua liviandad? Yo te pondré en las Recogidas para siempre.

Así que se cansó de golpearla, se paseaba furioso por el cuarto, mientras la triste Carlota permanecía en un rincón hincada de rodillas, lavando la sangre de su rostro con las lágrimas que corrían de sus ojos.

Un espectáculo semejante hubiera enternecido á un tigre; pero aquel viejo estaba empedernido. Se paseaba apresuradamente frotando una mano con otra; la barba le temblaba debajo del pañuelo, que tenía flojo y descompuesto; sus ojos despedían sobre Carlota unas miradas de fuego, y con un tono de voz de condenado le decía:

—¿Conque, maldita, no quieres darme gusto, no quieres aborrecer á ese vil ni ser monja? ¿te has empeñado en llenar de amargura el corazón de tu pobre padre? ¿quieres abreviar mis días y dar conmigo en el